CAPÍTULO 6

 Hoy Marcos no quiere que nadie lo moleste, quiere dedicarse a su meditación y quiere también aprovechar, y volver a leer con calma las notas de Carlos. Luego las editaría y formarían parte de la biografía incluyendo los elementos adquiridos en la conversación con Eddy.

\*

Las notas de Carlos en el campo

8 de julio de 1966

 Anoche se me ocurrió que debería escribir algo de mi estancia acá; de la gente, de esta tierra verde y hermosa, del clima, de mis aventuras. Hoy voy a comenzar el relato.

 Extraño mis salidas a la ciudad por las noches aunque el cielo fuera triste e insólito; aunque los transeúntes deambularan con un porqué en sus rostros. Aunque mis calles calladamente me recordaran el pasado que no regresa. Aunque la desolación desmintiera lo que fueran hermosas tiendas de una Habana colorida, alegre y bulliciosa. Imagino caminar por las amplias aceras de la calle Belascoaín, y tropezar con las caras alegres, y aspirar el aroma que al pasar dejaban las mujeres lindas, bien vestidas y perfumadas. Sentir el aire acondicionado que escapaba de las tiendas al entrar y salir saturado de ese olor característico.

 Hace quince días que estoy en el campo, y justo un mes que pasó el huracán Alma por La Habana, la triste ciudad de La Habana. ¡Cómo extraño a mis amigos y a mis padres a pesar de todo! Y pienso en los que fueron llevados a la fuerza a campos de trabajo donde son brutalmente golpeados. ¡Qué ajenos están mis parientes de estos sucesos! Eso me mortifica. ¿Qué puedo hacer para que entiendan que no es solo quejarse o tener temor a perder las tierras! ¡Pero si ni siquiera tienen un radio para escuchar noticias! Ellos no pueden comprender lo que se vive allá en la ciudad día a día. Sencillamente no tienen interés de saber, porque la ignorancia los ciega. Tengo que agradecerles que me hayan acogido en sus casas conociendo el motivo.

\*

 Cuando llegaba la noche me sentía alegre a pesar de todo. ¿Por qué prefería siempre las noches? No notaba la tristeza de las paredes despintadas, ni las calles rotas con salideros de agua sucia y mal oliente; ni las caras de las sufridas madres, porque ya estaban durmiendo o llorando entre cuatro paredes. Llorando la separación de sus hijos arrebatados a la fuerza para entrenarlos a la guerra. Mamá también estará llorando por mí. Pero ¡qué diferencia! Yo estoy en la tierra donde ella nació. Rodeado de sus seres queridos. Se me hace difícil creer la diferencia entre allá y acá. El cielo es más azul aquí, y los días brillantes y alegres. Me encanta el aroma y el silencio de este lugar. Aunque el no tener nada que hacer me hace sentir perdido a veces, siento un placer indescriptible escribiendo al aire libre. Me parece que las ideas vienen veloces y el tiempo se me va de prisa. Y no quiero que se vaya. No, no quiero que terminen estos bellos momentos de extrañas noches y hermosos días.

 Aquí el día es corto. Solo es día cuando el sol brilla; cuando se pone, comienza la noche, y temprano es hora de dormir. ¿Dormir? No puedo desperdiciar estas noches mágicas del campo, con sonidos diferentes y aroma indescriptible. He disfrutado mucho la manera como se hacen las cosas aquí. Es una experiencia extraordinaria para mí. Los primeros días me sentía incómodo, extrañando algunas de las comodidades de la ciudad, como el baño, el agua en los grifos… cuando había agua, claro. Aquí no me acuerdo de la falta del agua porque siempre hay agua en el pozo, ¡y me parece tan divertido sacarla! Al mismo tiempo, no me falta un vaso de leche todos los días. Allá no lo podía tener. Ya me siento a gusto, tanto que casi me considero uno más de ellos, aunque ellos se ríen de mí por mis costumbres tan diferentes a la de los campesinos, hasta la forma de hablar. Ellos sí que hablan diferente, como cantando. Qué chistoso.

10 de julio de 1966

 Abrí los ojos un poco sorprendido. La luz del sol había invadido toda la habitación. Un pollito de tamaño mediano, blanco con pintas oscuras piaba caminando por el piso de mi cuarto, como buscando qué comer. Con los ojos casi cerrados aún, traté de cogerlo extendiendo mi mano, pero, huyó rápidamente. Afuera se escuchaban las voces que ya conocía y el cacarear de las gallinas. Un olor muy agradable me llegó desde mi ventana. «Tengo que levantarme», me dije. «Qué vergüenza, tan tarde y yo todavía acostado». De un salto me levanté y me paré frente a la ventana que daba a la parte de atrás de la casa. El día era espléndido, lleno de luz. El aroma del campo con su sabor a leña quemada me envolvió. Respiré profundo. Una brisa tibia acarició mi cara. En una palangana de esmalte que tenían allí mi tía puso agua tibia. Después de lavarme me vestí, me escurrí por el lado opuesto de donde estaban todos hablando. Salí afuera para lavarme los dientes, con un vaso de agua en la mano. Después fui al baño. ¡Qué diferente! El baño no es dentro de la casa, y no se trataba de un baño como los que hay en la ciudad. Es una letrina. No es muy agradable que digamos, pero, es interesante… es el campo.

 ¡Cómo me gusta el campo! Al regresar a la extensión de la cocina (un área abierta, sin paredes y techo de guano), todos me saludaron sonrientes con una voz sencilla y calurosa. El fresco de la mañana rondaba entre taburete y taburete, saturado del aroma del café, huevos y pan caliente. Los pollos se paseaban acompañando al grupo, picoteando el suelo y aleteando de cuando en cuando.

 «Mi niño» —me dijo mi tía — «ven a desayunarte». Saludé a todos y me fui al comedor. Allí, sobre la mesa tenía café con leche, huevos fritos, plátanos asados y pan. ¡Qué agradable olor llegó hasta mí! Y, al probarlo, ¡qué sabor tan delicioso! Por supuesto, me lo comí todo. Mi tía se había quedado sentada a la mesa cerca de mí y se reía cuando yo le decía que estaba muy sabroso. Ella se lamentaba y decía: «¿Sí, mi niño? Yo quisiera poder darte algo mejor». «¡Algo mejor!», exclamé yo, y agregué: «Si esto es algo que yo nunca había comido tía».

 Le pregunté cómo se hacía ese plátano asado tan sabroso. «¡Ah! Eso no tiene ciencia» —me contestó. Me llevó entonces al fogón. El fogón era una estructura de madera. Un marco ─como de 12 pulgadas de profundidad─ forrado de latón, con fondo, sobre cuatro patas. Lo rellenaban de tierra y sobre la tierra apisonada se colocaban dos hileras de ladrillos sobre los que se colocaban unas rejillas de hierro arriba para poner las cazuelas y por las aberturas de los costados era por donde metían la leña. Al quemarse esta se formaba una ceniza de color gris claro. Esta ceniza se mantenía muy caliente mientras había fuego o brazas incandescentes. Mi tía me mostró cómo después de pelar el plátano, este se introducía en la ceniza por el espacio que dejaban al frente entre los ladrillos. Este quedaba cubierto por la ceniza hasta que se cocinara. El resultado era increíble. El plátano era verde, no maduro, quedaba crujiente por fuera y suave por dentro. Al sacarlo se sacude con las manos para quitarle la ceniza, se pone en un plato y se le aprieta con los dedos por el centro, se le deja caer un chorrito de aceite y sal... y a comer. ¡Así de fácil!

12 de julio de 1966

 La casa de mi abuela queda situada al otro lado de una cañada. Es una casa más grande que había construido mi abuelo hacía muchos años. Tanto la casa de mi tía como esta de mi abuela son de madera. En algunas habitaciones emplearon la madera de la propia palma sin procesar. El techo es hecho de hojas de palma. Algunas de estas casas tienen el piso de tierra apisonada, pero la mayoría tiene el piso de madera sin pulir. La de mi tía es de madera y otras partes de cemento, pero la de mi abuela es de lozas con una parte que es como un segundo comedor cocina separado de la casa, pero conectado por el techo, que es de piso de tierra. A mí me gusta, es algo distinto, natural. Lo barren con una escoba que se hace del racimo seco de la fruta que da la palma. Recuerdo que en los libros de la escuela se ilustraba una palma real y se detallaba todo lo que se podía aprovechar de ella. Ahora lo estoy viviendo.

15 de julio de 1966

 Me he conseguido unos libros, una Biblia muy antigua que mi abuelo conservaba en un baúl, un lápiz, una mesita, una silla, y me he ido al interior del campo... a continuar escribiendo este diario, a leer y meditar. La finca es muy grande, yo no sabría decir dónde comienza y dónde termina, porque yo camino largas distancias por en medio de preciosos paisajes, y todavía hay más y más. Escogí como el lugar para mis meditaciones, «los mangos». Un espléndido paraje donde hay decenas de árboles de mango de distintos tipos, todos entrelazados por las ramas creando un ambiente fresco. Por eso, aunque el sol es fuerte afuera en los potreros, aquí en los mangos, se siente un fresco natural mejor que el de cualquier aire acondicionado. El aroma del suelo húmedo tapizado de hojas secas mezclado con el olor de las frutas que el viento trae hasta mí es algo indescriptible. Lleno mis pulmones respirando profundamente, y me invade una sensación singular.

 El tiempo pasó rápidamente y el eco de unos gritos lejanos de mi tía interrumpió mi placentera e insólita concentración. Es hora de cenar. Me costó trabajo adaptarme a comer a las cinco de la tarde. Pero, a las seis ya es de noche y no hay electricidad. Por lo tanto las faenas del día terminan con la luz del sol al igual que el día comienza al despuntar el alba. Aquí, a diferencia de la ciudad hay más oportunidad de alimentarse pues todos tienen gallinas, cerdos, patos, cabras, y mi abuela tiene una vaca y un ternero, lo cual quiere decir que no les falta la leche, la mantequilla ni el queso. En cuanto a plantaciones, tienen un cocal, el susodicho «los mangos», varios platanales. Tienen hortalizas, maizales, plantaciones de yuca y por supuesto, la caña de azúcar.

 Han sido afortunados porque aún para este tiempo el gobierno comunista de Fidel Castro no les ha intervenido nada como ha sucedido con otros campesinos. Al parecer porque el terreno no es lo suficientemente grande como para eso. O quién sabe si es que no les ha llegado la hora.

 Hoy aprendí a ordeñar la vaca, y mi tío me enseñó a sembrar plátanos y otras cosas. Ayer, hasta lo ayudé a hacer el techo de una casa para uno de mis primos que se casa pronto. Tengo una mano herida, pero no es cosa grave. Traté de serruchar un trozo de madera, y me raspe la muñeca de la mano izquierda. Tengo que interrumpir ahora. Me están llamando.

18 de julio de 1966

 Ya es noche aquí en el campo. Las aves vuelan silenciosas a sus escondites secretos, y las gallinas arman un alboroto tremendo tratando de subir a las ramas de los árboles que le sirven de dormitorio. Adentro, en la casa, la luz del día ha desaparecido, hay penumbras, de manera que mi familia procede a encender las lámparas de kerosén. Ahora el olor del querosén llena el recinto, y un sin número de polillas nocturnas de todos los tamaños comienzan a revolotear alrededor de las llamas. Es, entonces, la hora de los cuentos.

 La casa se llena de parientes cercanos, todos sentados alrededor en la sala en sus respectivos taburetes, algunos reclinados hacia atrás. Mi tía les hizo café cuyo aroma se mezcló con el olor a kerosén. La brisa que entra por las ventanas y la puerta abierta se lleva las llamas con un vaivén suave haciendo que los rostros de los ocupantes del recinto tengan aspectos fantasmagóricos y a mí me comienza a dar sueño oyéndolos hablar de todo; de canciones conocidas, de fulano y zutano, de la que se murió hace un año… y una de mis tías hace unos cuentos como para morirse de la risa. Pero no sé por qué razón siempre terminan hablando de los dichosos espíritus y de aparecidos. Todos ellos creen en esas cosas. Lo dicen tan en serio que yo comienzo a sentir miedo cuando me voy a dormir.

19 de julio de 1966

 Esta mañana mis primos más jóvenes me llevaron por el campo a enseñarme las cosas que ellos hacían. Me llevaron a los pozos ciegos que hay en algunas partes de la finca. Era necesario que yo supiera esto porque estos pozos no tienen brocal, y cualquiera que no conozca donde están estos puede caerse dentro, allá abajo a unos diez o quince pies de profundidad. Me dio mucho miedo eso porque yo había estado corriendo por esos lugares, ajeno a todo peligro. Después me llevaron a un lugar espléndido. Se trataba de un valle precioso con algunos árboles salteados y cerca de unas colinas que se habían desplomado a causa de un mal tiempo que había azotado esa región años atrás. Allí había un árbol de mangos, uno muy peculiar. Sus ramas se disponían de tal manera que, una vez que se trepaba, en el interior había como una casa flotante. Se podía hasta dormir sin temor a caerse. Estuvimos allá arriba horas. Mis primos siempre tenían cosas que decirme para impresionarme. Se notaba que les encantaba verme las expresiones que hacía cuando exageraban sus embustes. Me ha gustado tanto este sitio que ya me sé de memoria las ramas por donde tengo que subir. Tengo marcadas algunas ramas con mi nombre, el día y el año. Siempre que me demoro fuera de casa me llaman a voces. Temen que me ocurra algo. Qué lástima porque desde ahí se aprecia un paisaje precioso a esa hora del día. Continuaré pronto este diario.

21 de julio de 1966

 Hoy se cumple un año de la muerte de uno de mis primos y hoy hace un mes que comenzó el verano, mi estación preferida. La madre de mi primo, mi tía política, y madrina por el bautismo católico, se puso como endemoniada. Ella viste siempre toda de negro desde la muerte del hijo. Hoy se le transformó el semblante pues ha estado llorando todo el día. Cuando llegamos a la sepultura comenzó a dar gritos mirando al cielo y maldiciendo a Dios por la muerte del hijo como si hubiera sido el culpable. El cementerio queda situado frente a la casa. Allá fuimos un grupo llevando flores. Ella se dejó caer encima de la tumba a llorar. Fue muy triste la ocasión.

23 de julio de 1966

 ¡Qué hermoso día!, y cómo lo estoy disfrutando desde aquí, subido en un árbol que hay en esta colina desde la cual puedo divisar un hermoso paisaje. Allá abajo puedo distinguir cómo las vacas comen hierba y cómo corren unos caballos que, al parecer, están jugando. Hay una casita de guano allá y se ve el humo de la cocina subir muy alto. También puedo apreciar un arroyuelo. Creo que hay dos o tres mujeres lavando la ropa allí, porque las veo con las manos en el agua y unos muchachos nadando. Mi tío me llamó para que le ayude con algo… él quería que yo montara a caballo porque necesitaba mi ayuda haciendo un trabajo que me asignaría. Pero antes tenía que practicar. Eso me hizo sentir regocijo.

12 de agosto de 1966

 Hace unos días le escribí una carta a mi amiga de La Habana, y se me ocurrió hablarle de amor, ¡la extraño tanto! Fue un impulso poético. Para este tiempo ella debe tener catorce años. Recibí la respuesta a través de mi hermana. Nadie puede saber dónde estoy escondido, excepto mi familia. Ella me respondió que, primero, era muy joven, segundo que ella no me quiere como novio. En otras palabras, me planchó. Yo le volví a escribir, hablándole de otras cosas. Precisamente aquí tengo su primera carta. Al menos eso me ayuda en mis momentos de soledad. La carta de ella dice así:

Querido amigo:

Me ha sorprendido muchísimo ese impulso que cogiste y el tema del que me hablaste en tu carta. Yo pensaba que podíamos ser amiguitos. Yo no he pensado por ahora en tener novio y mucho menos he pensado en ti como uno. Creo que soy muy joven todavía. Tengo que disfrutar un poquito más mi soltería y mi libertad porque después que uno se casa las cosas cambian. Creo que debo prepararme primero para dar ese paso y una de las cosas que debo hacer es precisamente lo que se hace cuando se es soltera para que después no vengan las frustraciones y desengaños. Tengo que estudiar y educarme bien primero para que los hijos no resulten después ser un estorbo como en el caso de algunas amigas que tengo que cometieron el disparate de casarse a los dieciséis y no terminaron la escuela. No obstante, no te sientas mal, escríbeme que eso me encanta, y ocúpate en leer que es muy importante. Aprovecha ahora el tiempo, ahora que no tienes nada que hacer. Todos estamos bien. ¿Cómo es ese lugar secreto en que te encuentras? Cuídate, y no dejes de escribirme otra vez, Tu amiguita, y nada más,

Cristina.

20 de agosto de 1966

 La noche de anoche ha sido muy hermosa, tan hermosa que la luz de la luna fue tan brillante que afuera se podía leer sin ayuda de luz artificial. Allí, en el portal de la casa, estábamos mi prima y yo leyendo un libro de poesías. Había un fresco muy agradable. Esa noche, increíblemente se repitió la historia. Sucedió lo mismo que años atrás. Después de acostarnos, tocaron a la puerta, mi prima abrió, pues yo estaba esa noche en su casa. Escuché que mi prima le decía al que había llegado que no había ninguna cama vacía porque yo estaba allí. Yo no sabía de quién se trataba, pero le oí la voz. Era pariente mío lejano. Se abrió la puerta de mi cuarto, y quien entro fue mi prima. Me llamó y me explicó que ella se iba a acostar conmigo porque había llegado un pariente de otra provincia. Yo le dije que no había problema. Ella solo tenía puesto un camisón encima de la ropa interior.

 Esta mañana yo no me quería levantar. Sentía un poco de vergüenza, y al mismo tiempo de rabia con ella. Por despecho esperé a que se fueran los demás para levantarme, y creo que se me notaba en la cara una expresión de disgusto porque mirándome ella me dijo: Y a ti ¿qué te pasa hoy?

29 de septiembre de 1966

 Es temprano en la mañana y todo el mundo está como todos los días. Yo, sin embargo, un poco entusiasmado y asustado a la vez. Ayer recibí el radio que me envió mi abuelita desde La Habana con un señor conocido de la familia que es chofer de los ómnibus de viajes interprovinciales. Pues le había escrito diciéndole que pronto tendríamos electricidad. Hace solo unos días instalaron una planta eléctrica en el pueblo que ponen a funcionar de noche y desde entonces hay luz eléctrica por unas horas. Ella siempre está al tanto de todo y me envió la radio. Me escribió y me dice que me extraña y que me enviaba el radio para que no me aburriera. Ella no sabe lo útil que me resultó y lo oportuno por haber llegado ayer. Pero bueno, decía que estaba asustado y la razón es que gracias al radio supimos que hay una amenaza de huracán para la provincia de Oriente. Me fascina todo eso. Estoy muy emocionado porque todo parece indicar que el huracán viene hacia acá. Mis tías están muy nerviosas, yo estoy un poco asustado porque es la primera vez que atravieso por estas circunstancias en el campo. No sé qué pudiera suceder pues la casa es de guano. Mi familia acá no entiende que tenemos que prepararnos. Me critican porque con mucho entusiasmo les dije que había que prepararse por si el huracán nos azotaba. «Ah, eso se va por ahí pa’llá; aquí no va a pasar na». Si hubiera tenido un teléfono habría llamado a mis padres para que me vinieran a buscar, pasara lo que pasara. Pero esa fue mi reacción irreflexiva; en realidad tengo que quedarme tranquilo, pues no estoy precisamente de vacaciones. Esperemos a ver qué sucede.

29 de septiembre de 1966, 7:00 p.m.

 Estoy en mi dormitorio tratando de sintonizar la emisora que da las noticias, y uno de mis primos se asomó a la puerta, y se rio mirándome, como si yo estuviera loco. «No te rías mucho que a lo mejor vas a llorar más tarde» —le dije yo. Cuando por fin pude dar con una emisora me asombré cuando anoté las coordenadas de la trayectoria de lo que ya es un huracán, y lo pasé al mapa. Se llama Inés, y está a pocos kilómetros de la costa sur de la provincia de Oriente, y lleva rumbo noroeste.

 Salí corriendo de la habitación cuando terminé de colocar la trayectoria en el mapa que yo mismo hice copiando la sección apropiada de un mapa a colores que había en la pared del cuarto. Una de mis tías fue la que me tomó en serio lo que le expliqué. Menos mal, porque nadie me hacía caso. Cuando todos estaban en la cocina a la hora de la comida llevé el mapa, y les mostré el dibujo. Les expliqué que si Inés continuaba moviéndose en la dirección pronosticada iba a atravesar a la provincia de Oriente entrando cerca de Bayamo. Eso significaba que teníamos que tomar precauciones de inmediato porque nos separaban pocos Kilómetros. Había pasado por República Dominicana y Haití, y nosotros sin saber nada. Aun cuando no pasara justo sobre nosotros, estábamos en el área de la trayectoria de todas maneras.

 Mi tío vino de su casa cuando le dijeron que yo estaba oyendo las noticias del ciclón. Este me tomó bien en serio y comenzó a hablar de que había que poner en lugares seguros a las bestias. Yo le dije que las ventanas de la casa había que reforzarlas y que cuando estuviera más cerca había que cerrarlas. Pero, también le dije que los techos de la casa no resultaban nada seguros pues hasta una tormenta fuerte podía arrancarlos. Eso no lo entendió. Me dijo que esos techos estaban bien asegura’o. El primo mío también me dijo que ya eso había aguantado otro ciclón. Y es eso era verdad.

 Siento muchos deseos de estar en La Habana con mi familia. Aunque siempre me ha encantado que venga un ciclón, hoy quisiera estar en mi casa. No me siento seguro en estos bohíos. Creo que por primera vez he deseado que un ciclón se aleje y no pase cerca de nosotros. Voy a esperar a las noticias de las nueve para ver cuál fue el último parte. Menos mal que la electricidad la conectaron, si no ¡qué habría sido de nosotros Dios mío! Habríamos estado aislados, sin saber que se acercaba un huracán o lo habríamos sabido demasiado tarde.

 Escuché las noticias y dijeron que Inés estaba a 130 Km. aproximadamente de las costas de Cuba por la costa sur de Oriente, cerca de Bayamo. Que los vientos eran de 150 Km. por hora. Eso era bastante. Yo estoy tan nervioso que no hago otra cosa que salir y mirar el cielo, y no dejo de hablar de ello advirtiéndoles de las cosas que había que hacer. No hacían nada… creo que esperaban hasta que los vientos comenzaran. Era seguro, bueno casi seguro que nos veríamos en medio de la tormenta, al menos así era el pronóstico. Pero ellos no lo creían. Hacía tres años que habían experimentado la destrucción del ciclón Flora que provocó que a muchas lomas se le desprendieran grandes pedazos debido a la gran cantidad de agua que traía. Fueron afortunados que los vientos no fueron muy fuertes, pero de todas maneras la casa tiene una inclinación hacia atrás a causa del Flora. Se nota por el descuadre de las ventanas y las puertas. ¡No puedo entender esa calma y esa tranquilidad en medio de semejantes condiciones!

 Ya la luz eléctrica de la planta ha terminado. Estoy a oscuras bajo la luz de una chismosa (un mechero de kerosén). Estoy muy alterado, no puedo dormir; sin embargo, el resto de la familia duerme plácidamente, y mi primo salió con una novia que tiene. Ya percibo un aire extraño. Estoy observando ahora mismo por mi ventana y las hojas de los plátanos están batiendo con fuerza y se ven correr las nubes. Ya el ciclón tiene que haber tocado tierra, estará avanzando hacia nosotros y todos ajenos al peligro. Miro alrededor de la habitación y no hay nada adonde pueda meterme como medida de seguridad. El estúpido techo de guano tiene una separación entre las paredes y el techo. No me había dado cuenta de eso hasta ahora. ¡Qué lugar donde pasar un huracán!

 El cansancio me había vencido, y me había quedado dormido con ropa sobre la cama. Me despertó un fuerte golpe. Medio aturdido di un brinco en la cama para descubrir que me estaba empapando, las ventanas del cuarto se habían abierto con el viento y el agua entraba fuertemente impulsadas por las ráfagas. Obviamente no las habían asegurado. Mi tía entró en la habitación y yo comencé a maldecirlos a todos. «Se los dije, coño que el huracán venía para acá…»

 Mi tía trató de calmarme y me dio una toalla para que me secara. Afuera, el ruido era tremendo. Los árboles producían un ruido que metía miedo, el silbido característico del viento. Me acordé cuando el huracán Alma pasó por La Habana en junio de este mismo año. Entonces yo estaba allá y disfruté mucho ese huracán. Era increíble, pero estaba experimentando otro ahora.

 Cerramos las ventanas y le pusimos la tranca de seguridad. Y yo pensando que eso no era nada tratándose de un huracán. Ahora no podíamos ni oír las noticias pues no había electricidad. Después de unos minutos, notamos que no sucedía nada, que el techo continuaba en su sitio, y que la casa no se movía. Cogí confianza. Yo quería asomarme y mirar hacia fuera. Por lo tanto, me fui a la extensión de la cocina que está abierta, sin paredes, la que tiene el piso de tierra, pero no pude entrar. Me quede a la entrada. El agua corría por el suelo como un río, y el aire con ráfagas fuertes no dejaba ver con claridad. Se sentían golpes de vez en cuando contra la casa. Muchas goteras se produjeron por el techo de guano de todas las habitaciones.

 Me fui a mirar por la dirección opuesta, pero no podía abrir la puerta pues esta me habría lanzado hacia dentro con fuerza pues el aire batía de ese lado. Entonces me fui a otra de las habitaciones y abrí una ventana. Me quedé asombrado. La cañada, la zanja profunda que separa la casa de mi abuela de la de mis tíos, estaba anegada y el agua corría velozmente. Tuve que cerrar la ventana pues volaban objetos que podían ser peligrosos. Mis tías y mis abuelos estaban muy asustados y rezaban en voz alta. Ya yo estaba más tranquilo… resignado. Nada podía hacer. Pensaba en los animales que apenas los aseguraron cuando yo los asusté diciéndoles del peligro que corrían.

 Ahora vino una calma tremenda. Les dije que eso era el centro del huracán, aún no había pasado. En unos minutos volverán los vientos. No entendieron mucho eso, pero yo aproveché rápidamente para mirar por la puerta principal. Aún era de noche, pero se podía distinguir mucha agua y muchos árboles derribados. Entonces escuché un berrear de una chivita. Se lo dije a mi tía. Ella se animó y juntos salimos con un quinqué para tratar de ayudarla. El fango no nos dejaba casi caminar. Nos acercamos a la cañada y allí estaba la chivita atrapada con un árbol. No podía moverse. La sacamos, y yo la cargué. Del otro lado de la cañada vimos luz en la casa de mis tíos. Gritamos y mi prima salió. ¡Todos estamos bien! ¿Y ustedes? Les contestamos que todo andaba bien que salimos por la chivita. Todo esto bajo un torrencial aguacero. Cuando estábamos hablando comenzaron los vientos de nuevo y corrimos adentro y cerramos la puerta. Sequé a la chivita con la toalla que antes había usado yo, y la pusimos en el suelo. No estaba lastimada… le habíamos salvado la vida. La casa me hizo recordar el Arca de Noé con todos los animales: gallinas, patos, guanajos... y ahora la chiva.

 Estaba amaneciendo. Mi abuela se puso a hacer chocolate caliente. Un chocolate que ellos mismos hacían del cacao. Su sabor era diferente, pero estaba bueno. Eran las cinco de la mañana. Tomamos el chocolate y comimos galletas de sal. El aire volvió a sentirse batir fuertemente, la lluvia no cesaba.

 Sorprendentemente, la casa resistió los vientos y la lluvia. No sé qué fuerza tuvieron los vientos, ni el rumbo de Inés al pasar, pero mi tío tenía razón, la casa está bien construida.

 La noche del 30 de septiembre aún el ciclón estaba en la provincia de Oriente llegando a Camagüey. Ya nosotros no sentíamos vientos fuertes pero seguía lloviendo.

1ro de octubre de 1966

 El día primero de octubre en la mañana, el sol bañaba los campos ahora arrasados por los vientos y las fuertes lluvias del día anterior. Murieron muchos animales. Pero los caballos de mi abuelo habían sobrevivido. Un «macho» (cerdo), que estaba en un corral cerca de los caballos sobrevivió también, así como los chivos. Murieron muchas gallinas y pollitos. Encontramos muchos árboles en el suelo y la cañada estaba como un río. Los muchachos montaban unas canoas de construcción casera a través de la cañada. Eso me entusiasmó a mí también, y me subí a una con un primo, y atravesamos la carretera a través de un gran tubo debajo de la carretera que salía al otro lado. A pesar de todo, no había ocurrido mucha destrucción.

10 de octubre de 1966

 El huracán Inés terminó su rumbo esta mañana en las costas de México. Tuvo una larga trayectoria. Después de atravesar Oriente de Este a Oeste, pasó por la costa sur de Camagüey y Las Villas. Atravesó por esta última provincia, saliendo al norte hacia el estrecho de la Florida, moviéndose al Oeste hacia las Bahamas y sorprendentemente hizo un giro hacia el Este rozando la costa sur de la península, por Cayo Hueso, e introduciéndose finalmente en el Golfo de México. ¡Quién me iba a decir a mí que este año disfrutaría el paso de dos huracanes!

13 de noviembre de 1966

Mis primos me enseñaron a caminar y correr por el campo sin zapatos. Al principio todo me molestaba en la planta de los pies cuando pisaba las piedritas o las hojas secas, pero ya casi corro como ellos. Aprendí a montar a caballo. Lo tuve que hacer para ayudar a mi tío a transportar cargas de maíz a otro pueblo, a otro campesino que al parecer se lo compra. Ese era el trabajo del que me había hablado. Mi primo fue conmigo una vez para que aprendiera el camino. No fue fácil, pues no se trataba de esta o aquella calle donde se puede ver el nombre como en la ciudad, no, era todo por dentro del campo; caminos intrincados, entre árboles caídos, arroyos, bajadas y subidas; carreteras solitarias o senderos de terraplén. Una casa aquí otra allá como a diez kilómetros. Esas cosas me sirven de referencia. Para mí esto es una aventura increíble y deliciosa… para mí, muy lejos de considerarla un trabajo.

 Me sucedió algo durante mi primer viaje solo que probablemente parecerá una tontería para cualquier otra persona, pero para mí resultó interesante. Yo iba muy emocionado en mi caballo con mi carga de maíz haciéndome camino por entre los árboles. Era de día, por supuesto, y de repente, nos encontramos un arroyuelo. Yo sentí una sensación muy agradable. Yo no sé si a todo el que va a caballo le sucede esto que me sucedió a mí pero, vamos, me gustó ver que el caballo que yo guiaba se metía en el agua para atravesar el camino. El chasquido que producían los cascos contra el agua y las piedras me produjo un agradable efecto. Sin embargo, me llevé un susto muy grande cuando el caballo se detuvo en medio del arroyo y se puso a beber agua. Como es natural al estirar el cuello hacia abajo yo sentía que me iba a caer. Pero comprendí que no sucedía nada. Cuando terminó de tomar agua siguió muy campante, y yo me sentí bien, porque después de todo, el caballo había saciado una necesidad.

 Mi abuelo tiene dos caballos, los que sobrevivieron el huracán, que solo él es quien puede montarlos. La semana pasada quise verlos. Mis primos me llevaron al potrero donde ellos estaban. Se llaman «Paloma» y «Pinto». Son hermosos, y de mucho brío. Dos días atrás me fui solo al potrero, abrí la tranquera y entré. Pasé el susto de mi vida. Cuando me hallaba en el centro del potrero buscando a los dos caballos, de repente, un estruendo me hizo dar un salto, los dichosos caballos salieron corriendo a mis espaldas y fueron detrás de mí. No pude comprender de dónde habían salido, y no era el momento de averiguarlo porque tuve que ser muy hábil para huir de su alcance. Afortunadamente no me pasó nada porque me lancé dentro de unos arbustos cercanos. El resultado fue, además de sufrir unos arañazos, que los caballos se salieron del potrero porque dejé abierta la tranquera. Mi abuelo se enteró y se puso a pelear con todo el mundo diciendo que habían dejado la tranquera abierta. Yo no dije nada para que no me regañaran. Pero yo quería montarlos. Se lo dije a mi abuelo en la tarde cuando estaba dándoles de comer; no se puso bravo conmigo, más bien me prometió enseñarme a montarlos. Eran mansos con él.

 Al día siguiente, en la tarde, volvimos al potrero. Los caballos vinieron corriendo en cuanto lo vieron. Entonces, agarró a uno de ellos, Paloma, lo sostuvo, le amarró una soga alrededor del hocico dispuesta a manera de rienda y me dijo: «¡móntate!» Tuve que dar un brinco porque el caballo era grande. Pero mi abuelo me ayudó a subir. Me dijo que él nunca le ponía montura, así es que tenía que montarlo, «al pelo», así le llamaban cuando se montaba sin montura. Fue increíble, el caballo se dejó montar por mí, pero mi abuelo me dijo: «no le demuestres ningún miedo, móntalo con autoridad». Así lo hice, por eso después en otra ocasión fui yo solo y el caballo se dejó tocar por mí, y volví a montarlo, pero en una curva escondida, me salí del caballo y caí de bruces sobre un matorral. Yo pensaba que me había matado. Pero me levanté y para sorpresa mía, Paloma se había detenido solo unos pasos adelante. Me volví a subir. Le había perdido el miedo completamente. Parecía que había estado haciendo eso toda mi vida. Yo mismo me sorprendo.

30 de noviembre de 1966

 Lo que vi suceder ayer no lo habría siquiera imaginado. Dos de mis primos mayores me llevaron a un potrero lejano donde había animales variados. Había chivos y cerdos. También vacas. Uno de ellos me dijo: «ahora vamos a templar a la chiva». ¡Qué! Exclamé, y les dije que yo me iba, que eso no se hacía. Me aguantaron y me dijeron que si me iba, iban a decirle a mi tío que me habían visto a mí cogiendo a una chiva. No me quedó más remedio que quedarme. Uno lo hizo con una chiva y el otro con una yegua pequeña, tuerta, además, que había allí. Y me dijeron que intentara yo. Los muy descarados. No lo podía creer. Por supuesto yo no lo hice, pero tampoco dije nada. Toda la noche la pasé pensando en cómo era eso posible, que hubiera gente así. Eso me cayó muy mal. ¡Cómo no les daba vergüenza estando otras personas presentes! A veces tengo deseos de irme de aquí a pesar de todo cuanto disfruto en este lugar.

1 de diciembre de 1966

 Hoy me había quedado dormido leyendo en la cama. Desperté asustado por los gritos y ruidos de mis primos. Como estaba medio dormido no atinaba a entender qué pasaba. De un salto me tiré de la cama y me paré a la puerta de mi cuarto y a través de la ventana de la sala miré el movimiento. Me acerqué para escuchar. Mi tío decía algo como «trae las sogas», a uno de mis primos; otros llevaban unos troncos de madera grandes... en fin, todos estaban en acción. Mi tía entró por la cocina lamentándose y yo le pregunté qué había pasado. «El caballo de mi hermano, mi’jo, que se cayó en el pozo», —me dijo muy apesadumbrada. «¿En el pozo? ¿Qué pozo?» —pregunté extrañado. «No me digas que tú no sabes que hay unos pozos ciegos en la finca...» —me contestó despacio mi tía. «Ah sí, sí... voy a ver... yo voy también, le respondí con rapidez mientras me ponía los zapatos». «¡Ten mucho cuidado por ahí! tú que no estás impuesto» —me aconsejó ella. Quiso decir acostumbrado.

 Allá me fui y me uní al grupo ayudando a llevar yo también alguna cosa. Al llegar al lugar me asomé al hoyo. Allá abajo se podía ver con un poco de dificultad al caballo blancuzco con la parte trasera más metida en el agua que la otra parte. Las dos patas delanteras no se le veían tampoco, pero se notaba el lomo casi hasta el final. La cabeza la tenía erguida, pero no se movía, no podía moverse. «¿Se le habrán partido las patas?» —pregunté preocupado. Nadie me contestó ni una palabra. Todos estaban afanados tratando de encontrar el mejor modo de sacarlo.

 Ataron tres palos, uniéndolos juntos, por uno de sus extremos y los enterraron cerca de la abertura del pozo, haciendo una torre donde amarraron una roldana, la misma que usamos para sacar agua del pozo de la casa. Colocaron una soga gruesa en la canal de la roldana e hicieron una gasa en el extremo que bajaría al pozo. Mi primo, el hijo del dueño del caballo, fue quien bajó colgado de la soga mientras los otros sostenían el otro extremo para hacerlo bajar despacio. Cuando llegó a donde estaba el caballo, unos 10 pie, el animal se movió un poco, como asustado, levantando la cabeza como en un desespero. Entonces le hicieron llegar a mi primo lo que parecían mantas de tela gruesa. Estas las debería colocar por debajo de la barriga y cerca de las cuatro piernas para que al pasarle la soga no lo lastimara. Una vez hecho eso le tiraron las sogas que pasarían por piernas delanteras y la barriga, las cuales serían las que agarrarían al caballo. Cuando logró hacer esto, casi metido en el agua, hizo la señal para que halaran despacio. El caballo debería ser elevado casi perpendicularmente. Pero no era suficiente la fuerza de todos los que estábamos allí. Mi tío dio un grito para que fueran a buscar ayuda. Respondí inmediatamente y salí corriendo. Al cabo de unos minutos, regresé con tres hombres más.

 El sol ya moría, había frío y las sombras de los árboles hacían que el lugar pareciera aún más oscuro y tenebroso. Ya no se veía dónde se pisaba. El fango chasqueaba debajo de las suelas de los zapatos de todos. Pero ahora no importaban las manchas de fango en la ropa.

 Nos envolvió la noche. Todavía no se había podido sacar al pobre animal. Mi tía y su cuñada, aparecieron con sendas lámparas de kerosén, unas especiales a las que se le echaba aire a presión. La luz se movía haciendo que los alrededores se iluminaran por turno. Acercaron las lámparas al pozo para que se pudiera realizar bien el trabajo de rescate ya que uno de los amarres se había desgarrado en el primer intento. Por fin, con la fuerza aunada de todos, logró moverse la soga al tirar con fuerza. Yo halé también pero, más que otra cosa estaba observando a medida que al decir tres, halaban; me parecía que yo no estaba haciendo nada y que en cualquier momento aquello se iba a desplomar. Cuando al fin el caballo se vio a la superficie y con su propia fuerza, bestialmente puso las dos patas delanteras fuera del pozo y con un empujón que se le dio se le puso a salvo fuera de lo que fue su infierno por algunas horas.

 Se pudo sostener de pie, aparentemente no tenía fracturas, pero las patas delanteras estaban sangrando, las traseras tenían poca cosa pero también sangraban. Se le liberó de los amarres y se le puso una rienda como la que mi abuelo hacía cuando yo montaba a Paloma. Suavemente, acariciándole por el cuello mi tío condujo al rescatado para llevarlo a casa. «¡Hay que traer la roldana para sacar agua del pozo!» —grito mi tía. «¿Y las sogas?» —pregunté yo. «No, eso lo recogeremos mañana» —contestó mi tío.

 Lo único que se escuchaba era nuestras voces, las pisadas sobre las hojas y ramas secas y el chirriar de los grillos. Salimos cortando camino justamente por donde estaba el cementerio. Menos mal que yo no iba solo, porque de veras sentí miedo. La luna estaba alta en el firmamento y podían verse muchas estrellas. No había nubes, tal vez unas pocas. Ahora caminábamos por la carretera y el ruido de las pisadas despertaba hasta a los muertos.

 Al llegar, colocaron la roldana en el pozo. Eso fue lo único que se trajo. Porque al parecer todos necesitábamos un baño. Empezando por mí que por haber dado un traspié había caído de bruces al suelo fangoso y parecía que el que había caído al pozo era yo.

8 de diciembre de 1966

 El despertar en el campo en las mañanas es muy agradable. Especialmente ahora en el invierno. Mi abuela, mis tías y mis primos se levantan siempre muy temprano, antes que yo. Al despertar se siente el olor a café acabado de tostar, mezclado con el aroma de la madera quemada que siempre está en el aire. He amado el campo por ese olor. Ahora, cuando casi me había adaptado a la vida de ellos, me tengo que ausentar. Ayer recibí carta de mi familia en La Habana donde me dicen que debo regresar. Mis tías hablaron conmigo y me explicaron que los del Comité de Defensa de la Revolución, CDR del barrio de ellos, habían estado indagando acerca de mí. Soy un extraño para ellos. Como no estoy trabajando ni voy a la escuela, sospecharon y, antes de que fueran a investigarme tengo que regresar.

 Me dará mucha tristeza dejar todo esto atrás, lo siento en mi alma como si hubiera nacido aquí. ¡Me gusta tanto la vida en el campo! ¡Cómo extrañaré mis animales! Me habían dado un caballo, bueno, una yegua en la cual iba todas las mañanas a comprar la leche a la lechería cercana, una granja preciosa, la casa de una familia cuya tierra colinda con la de mi abuelo. Según dicen, muchos años atrás esa tierra era también de mi abuelo pero la tuvo que dar como pago por una deuda que había de por medio. No supe exactamente como fue la verdadera historia. Pero de todas maneras estos largos meses han sido para mí una experiencia maravillosa, una que tal vez no se vuelva a repetir jamás.

\*\*\*

 Después de haber leído todo el relato, Marcos ha pensado conversar nuevamente con Carlos para hablar acerca del tiempo posterior al campo.

 Por eso, una tarde después de visitar a Susan invitó a Carlos a su departamento y de la larga conversación pudo compilar una interesante información que ahora elaboró cuidadosamente y con un poco de su imaginación.

Solo una pequeña porción de la novela, como cortesía del autor.